

# Mahi Binebine

## Yo, bufón del rey



Mohamed ben Mohamed lleva toda su vida a los pies de su rey, día y noche, leal y afectuosamente. En un palacio donde lujo y miedo reinan por igual, donde los celos se avivan al caer la noche y uno puede ser duramente castigado sin motivo, el bufón del rey ha tenido que reinventarse cada día para ser el favorito, y dar muestras de una lealtad inquebrantable para mantenerse en su puesto. Cuando su propio hijo participa en un golpe de Estado contra el soberano, todo su mundo se viene abajo. Deberá renegar de él, fingir que no existe, ignorarlo todo acerca de su paradero durante casi veinte años y enfrentarse a la desesperación y al desprecio de su mujer y de sus hijos. ¿Pero acaso tiene otra manera de salvarlos?

*A papá*

# YO, BUFÓN DEL REY

Mahi Binebine

*¡Pobre albardán! ¡Cuántos dolores eternos e  
incurables en la alegría de un bufón!  
¡Qué oficio tan lúgubre es la risa!*

VICTOR HUGO

## 1

Todo parecía normal, pero nada lo era en realidad. Ornada de un reguero de pálidas estrellas, una noche sin luna arrojaba a dos siluetas en el anchuroso patio de palacio. Sidi caminaba despacio por los paseos constelados de faroles y flanqueados de naranjos, almendros y palmitos. Yo le iba pisando los talones, como solía, con la espalda algo inclinada, un tanto obsequioso, como corresponde cuando uno va acompañando al rey. Un aroma a jazmín y dama de noche perfumaba el aire húmedo de aquel atardecer de julio. Sidi se sujetaba con ambas manos el vientre dolorido y, de vez en cuando, gemía sordamente. Le costaba estar erguido pues el monstruo invisible que le roía las entrañas no le daba la mínima tregua. Me dolía verlo sufrir, pero tenía buen cuidado de que no se me notase. Me esforzaba en resultar gracioso, porque mi oficio consiste en hacer reír a mi dueño y señor. Sidi no tenía ánimos para nada. Me oía sin prestarme atención y una red de arrugas, que parecían haberse ahondado de pronto, le encogía el rostro.

Todo parecía normal, pero nada lo es cuando el león está de rodillas; cuando sus garras, reducidas a restos inútiles de leña, no hacen ya estremecerse a nadie; cuando la llama agonizante de la mirada inspira más compasión que temor, una mirada átona vuelta hacia la oscuridad interior de un cuerpo deshecho, quebrantado, en el que los rugidos de antes no son ya sino el tímido eco de una vida consumida por los dos extremos del cabo, grávida de excesos de todo tipo; añoranzas y arrepentimientos amargos, derrotas in-

confesadas, clamorosas victorias a medias, alegrías extremadas, penas hondas, renunciadas, remordimientos; una vida tumultuosa en que ángeles y demonios recorren a un tiempo senderos tortuosos, erizados de espinas, con la vida que les prestan las terribles leyes de la Parca.

Todo parecía normal, pero yo notaba como un rejujo de pena en pleno pecho. Le pedía a Dios por la mañana y por la noche que librara a mi señor de su dolencia y, si menester fuere, si no quedaba otro recurso, que me la hiciera padecer a mí en vez de a él. Estaba dispuesto a soportar físicamente su dolor, los retortijones de los intestinos, las horcas que le perforaban los costados. ¿No he sido acaso treinta y cinco años su devoto sirviente, su decididor de imaginación inagotable, su teólogo titular por muy comendador de los creyentes que fuera él, su asesor literario, su referencia indiscutible en el universo fabuloso de la poesía, el testigo de aquellos tiempos en que los árabes guerreaban a golpe de cuartetos, en que los gramáticos pasaban meses discutiendo el acierto de una vocalización, de esta o de aquella declinación, o de un acento insignificante, aquellos tiempos en que las fórmulas matemáticas o astrológicas hacían las veces de religión..., aquellos benditos tiempos que parece que nunca hubieran existido?

Todo parecía normal, pero nada lo era para este servidor. Para mí, Mohamed ben Mohamed, la flor y nata de las heces y el moho de Marrakech, a quien nada predestinaba a codearse con los elegidos; para mí, rescatado de los sótanos terceros de la humana condición; ahí estaba yo, en aquel atardecer de julio, siguiendo a mi dueño y señor moribundo, rumiando la terrible sentencia del médico: «¡Dos o tres días más y todos nos quedaremos huérfanos!».

A Sidi le llamó la atención una luz inusual en la sala de los regalos: un almacén inmenso donde se amontonaban a miles los regalos, aún sin abrir, los regalos que recibía, celebración tras celebración, Su Augusta Majestad.

—¡Ven! —me dijo el rey—, vamos a echar un vistazo.

—Se está haciendo tarde, Sidi. Deberíamos volver, la noche está algo fresca.

—No antes de haber sorprendido al energúmeno que me roba en vida —refunfuñó sin desviarse de su camino.

—Deben de estar de limpieza, Sidi; solo eso.

—¿A estas horas?

Me callé. El rey parecía resuelto a poner las cosas en claro.

Cuando se anda de noche por palacio, esa sensación de estar a solas resulta engañosa. Decenas de pares de ojos lo escudriñan a uno, lo espían, van siguiendo el mínimo gesto. Yo lo sabía por haber vivido varias décadas entre estas murallas de azulejos aparatosos, en medio de estos jardines sembrados de fuentes que, en todos los cruces de los paseos, tarareaban el mismo estribillo. Por una parte, me parecía inverosímil que algún temerario osara cometer un robo en plena morada regia. Pero, por otra, nadie ignoraba que el rey se debilitaba y no era ya sino la sombra de sí mismo, por lo cual había quienes pensaban que tenían las manos libres para atreverse a cometer las mayores locuras.

Llegamos a trancas y barrancas al ala norte de palacio, subimos unos cuantos peldaños, nos metimos por un corredor abovedado reservado al personal y vimos que la puerta de la cueva de Ali Babá estaba entornada. Sidi la empujó despacio, asomó la cabeza sigilosamente por la rendija y se quedó quieto un momento. Luego, entró sin hacer ruido. Yo fui siguiendo sus pasos. El espectáculo que descubrimos fue cuando menos edificante, inconcebible hacía aún pocas semanas; con los faldones de la chilaba recogidos como si fueran un hato, un esclavo viejo estaba apilando cuantas cajas valiosas y cuántos estuches de fieltro y objetos de todo tipo podía. Debía de ser duro de oído si no había notado nuestra presencia. Cuando Sidi carraspeó, el hombre se sobresaltó al darse la vuelta y, al encontrarse cara a cara con el rey, estuvo a punto de darle un vahído. De pie delante de nosotros, petrificado, trémulo, parecía que quería



emitir algún sonido, pero no le salía ninguno de la boca. La tez de color ébano se le había vuelto de un morado cuyo brillo, acentuado por el sudor que le corría por la frente, enviaba reflejos de terror. Conociendo a Sidi, yo no habría dado ni un céntimo por el pellejo de aquel sinvergüenza que apretaba aún el botín contra el pecho. En el mejor de los casos, me dije, los temibles esclavos *del fuego* le iban a propinar cien latigazos. ¡Y menudos látigos usaban! De rabo de buey trenzado y remojado en agua helada, cuyos restallidos eran ya un castigo. En cuanto al peor, no me atrevía a imaginármelo. Dicho lo cual, el rey era imprevisible, nadie podía anticipar sus reacciones; podía sancionar con violencia cualquier nimiedad o ser capaz de perdonar las faltas más graves.

Prueba de ello fue lo que pudimos comprobar aquella misma noche.

—¡Vamos! —le dijo al ladrón—. ¡Date prisa y sal corriendo! Si por desgracia te sorprendiesen los guardias, acabarías en la horca.

El esclavo no sabía cómo salir del paso, pues ignoraba si debía creer o no al rey. Como se había quedado allí plantado, me acerqué a él, le cogí del hatillo lo que me pareció el estuche de un valioso reloj y me lo metí en la capucha de la chilaba.

—¡Por lo menos ten la decencia de repartir, ceporro! ¡Y vete antes de que Sidi mude de opinión!

Al fijarme en que al dueño y señor se le dibujaba en el rostro cansado el esbozo de una sonrisa, añadí en el acto:

—Y ya puedes estar contento. ¡Con la buena disposición que tiene Sidi esta noche, mi humilde opinión es que deberías aprovechar para pedirle algo más!

El esclavo, incrédulo, me miró de arriba abajo mientras el rey sonreía.

—Una licencia de transportes, por ejemplo, algo agradable que te asegure la vejez.

—¿Qué tipo de agrado? —bromeó el rey.

Me acerqué al esclavo y le dije por lo bajo:

—¡Una licencia de transporte ferroviario!

—¡Ferroviario, mi señor! —balbució el desventurado sin pararse a pensar.

Y el rey soltó una carcajada sincera que le despertó el dolor, pero no por eso dejó de reírse. Una risa que era como una bandada de mariposas que alzasen el vuelo. Y yo me reía también, remachando:

—¡A lo mejor le aprovechaba más a nuestro hombre una licencia de transporte aéreo!

»¡Venga, lárgate! —le dije al esclavo—. ¡Te has ganado el tesoro ese!

Y lo vimos irse, dando tumbos, perseguido por un hilillo de orina.

Sidi se quedó un rato en aquella amplia sala que se desmoronaba bajo una montaña de regalos que nunca había tenido ni tiempo ni ganas de abrir. Aquella opulencia inútil no le proporcionaba ninguna satisfacción. En el sitio al que pronto iba a ir ya no necesitaría gran cosa. Él y yo lo sabíamos. En cambio, dejar que se fuera el esclavo lo había alegrado mucho.

—Ven —me dijo con voz apaciguada—. Volvamos.

## 2

Hacía ya semanas que todo el mundo disimulaba en la morada regia. Una atmósfera agobiante había ido sustituyendo poco a poco al barullo habitual. Un silencio singular reinaba en los patios, por los corredores, en los salones y las cocinas, por todas partes. Ecos tímidos y palabras sigilosas surgían de acá y de allá. Los guardias, el ruido de cuyas botas nos tranquilizaba, andaban ahora de puntillas. Los esclavos, que a la mínima oportunidad salmodiaban: «¡Larga vida a Su Majestad!», habían puesto la voz en sordina. El ir y venir de los militares de alto rango, los ministros, el príncipe heredero y demás miembros de la familia me daba muy mala espina. Ellos también disimulaban. Lo mismo que el almuédano de la mezquita interior, cuyo timbre de voz melancólico desaparecía casi bajo el tono elevado de los almuédanos de la ciudad. En la mesa hacíamos como que comíamos, como que hablábamos con normalidad, como que comentábamos la actualidad, algo más violenta cada día, como que nos reíamos por cualquier cosa. Sofia, la nieta favorita de Sidi, era mucho más eficiente que yo para sacarle una sonrisa. Me hacía sombra y me pisaba el terreno con descaro. Me avergüenza decirnos que, con setenta años ya, a veces sentía celos de aquella rubita jovial y despreocupada cuyos caprichos deleitaban a mi dueño y señor. Lo sorprendía mirando aquellos pómulos rubicundos, aquella larga melena de oro, aquellos ojos color avellana que embozaban los visajes de cría mimada. «Mi niña opalina», decía con el rostro iluminado como se le puede iluminar a un be-

duino del desierto, de cutis atezado y rasgos negroides, ante una joya llegada del Norte. Miraba como si fuera un milagro a aquel ser delicado con apariencia de rumí y piel lechosa que, a la edad de ocho años, hablaba ya las lenguas raras de sus numerosas ayas, una jerigonza de la que no entendía yo ni palabra. Peleábamos con armas desiguales. Yo tenía que desplegar tesoros de imaginación para igualar y neutralizar su poder de proporcionarle alegría a mi señor, que disfrutaba maliciosamente con nuestra rivalidad secreta. Fuere como fuere, no soy hombre que se rinda. He vivido lo suficiente en los arcanos del harén para dominar sus códigos, los mil y un subterfugios que permiten perdurar. La competencia fue desde siempre mi pan de cada día. No pensaba dejar que me desplazase una mocosa.

No, no me gustaba Sofia. Pero, en palacio y fuera de él, la sangre real pertenecía al ámbito de lo sagrado. Así que sonreía como los demás, dando una coba enfática a las cualidades excepcionales de aquel ángel con el que el cielo había recompensado a Su Augusta Majestad: su hermosura, su picardía, su sorprendente sentido del humor, esa inteligencia que Dios, en su misericordia, concede a sus elegidos. Un hipócrita, me diréis; sí, pero a imagen y semejanza del enjambre de moscas que gravitaba en torno a las estrellas de aquella noble morada.

Las veladas, en cambio, eran mías. Cuando la brujilla se iba a la cama, yo volvía a ser el centro del mundo. Tenía entonces a mi dueño y señor para mí solo. Me miraba, me admiraba, me escuchaba de buen grado, esperaba de mí la frase ingeniosa, la salida sutil, el vínculo erudito de esta o aquella situación con otra que hubiera ocurrido en el patio de un califa en tiempos de los Omeya y que yo amenizaba con anécdotas picantes, vuelcos imprevistos, intriga. Le dejaba rienda suelta a mi fantasía, desquitándome lo mejor que podía de los momentos que me había robado durante el día aquella pécora. Libre ya la mente de sus interferencias odiosas, me metía en el cómodo atuendo de mi come-

tido oficial, zambulléndome en el imperio de la fábula, por cuya verosimilitud velaba con esmero. Celebraba entonces las nupcias de la realidad y la ficción y navegaba sin compás por el universo quimérico del sueño despierto. Sí, volvía a ser un mago. Un ser único cuyos servicios solo el rey podía permitirse. Me sacaba del sombrero vidas enterradas hasta entonces en el olvido, anécdotas que tenía estancadas en la cabeza y en las nubes que flotaban por encima. Cuentos fabulosos vestidos con palabras tiernas, imágenes insólitas que solo estaban a la espera de la ensoñación de un poeta para que las hiciera mágicas, de una mano trémula para que las cortase y compusiera un ramo que yo le ofrecía humildemente a mi dueño y señor.

Ya veis, la meta suprema de mi peculiar existencia no es sino hacer feliz al rey. Nada más vivo para eso. Y nada me proporciona tanta satisfacción como que a Sidi se le ilumine el rostro.

¡Curioso destino el mío! Yo, Mohamed ben Mohamed, un hijo del pueblo sin un talento creativo especial, salvo el de que se me quede en la cabeza todo cuanto oigo. El cielo me ha dado una memoria de elefante que no abunda entre los bípedos, que absorbe el mínimo aliento que pase rozándome los oídos. Todo. Absolutamente todo. Podría describir por lo menudo y con una precisión diabólica una conversación anodina que haya podido tener hace cincuenta años con un conocido cualquiera. En cuanto a los libros que he leído —y he leído muchos—, estoy en condiciones de recitarlos, coma arriba coma abajo, incluyendo el prólogo. Lo creáis o no, Dios me ha concedido esta sorprendente facultad que algunos podrían llamar don. Lo cual no es cierto sino en parte, porque se me queda lo mejor y lo peor. No os aburriré con el trabajo colosal que he tenido que realizar conmigo mismo para quitarme de encima la carga del resentimiento y de los odios que de él se derivan, de los ásperos e infernales rencores propios de los individuos que no saben olvidar. Porque en el perdón hay una

parte de olvido. Qué remedio. De lo contrario, resulta difícil perdonar, por no decir imposible. Cuando asoman los detalles de una herida y la precisión de los recuerdos sopla en ellos como si fueran brasas, fagocitan toda la parte de humanidad que es capaz de perdón. Es difícil cerrar los ojos y pasar página. Pero esa es otra historia. Hoy solo me apetece contaros las ventajas de esta memoria, a las que debo mi fulgurante ascenso hasta las elevadas esferas del poder, esta bendición que me convirtió en el hombre que soy: el cortesano principal del personaje más poderoso del reino. Y lo digo sin pretensiones de ningún tipo: mi dueño y señor me valora más que a la horda de músicos, narradores y demás aduladores de que se compone la corte. Soy el eje en torno al que se articulan las conversaciones, el erudito que imanta con su sabiduría a las mentes más sutiles. Sí, se lo debo todo a esta memoria a la que supe, instintivamente, sacar provecho desde la más tierna edad. Estudiar me el Corán o los hadices que refieren los compañeros del Profeta fue para mí un juego de niños. Aprenderme mil versos para dominar la gramática árabe fue un paseo que muchos de mis compañeros de la madrasa Ben Yusef me envidiaban. En cuanto a la poesía, no hay ni un escritor cuya obra no me sepa al dedillo. Es así y no puedo remediarlo. Si a veces quería descargar la cabeza de las insignificancias que la empantanaban, era un esfuerzo baldío. No conseguía nada. Los múltiples cajones que la componían se cerraban en el acto, negándose a dar de lado la mínima parcela. Así que, a mi pesar, me quedaba con lo útil y con lo inútil, con lo importante y con lo baladí: un cúmulo de informaciones que atascaría la mente de cualquiera, pero con el que mi cabeza, que, sin embargo abulta poco, se las apañaba perfectamente. Me bastaba con tirar de un hilo para desenrollar el ovillo entero sin el mínimo inconveniente. El pasado se desplegaba ante mí, tomaba posesión del espacio, zarrandeaba al presente con el peso y el orgullo de un abuelo ante su descendencia. Así son las cosas; he querido dejarlo

claro para explicar cómo un hombre de mi condición pudo integrarse en ese mundo despiadado que es la corte de un rey y convertirse en su ojito derecho.

Esta sorprendente historia es la mía. No puede decirse que la haya elegido, pero tampoco me opuse, me limité a dejar que ocurrieran los hechos, como suelen hacer los hombres.

Todo empezó con una amistad improbable. Ben Brahim no era la clase de amigo que habría elegido yo espontáneamente. Para empezar, me llevaba diez años largos. Luego, su pronunciada inclinación por el alcohol y los efebos no tenía nada que ver con la educación puritana que me habían dado. Mi orientación sexual era clásica a más no poder y la idea de no controlar mis actos me repugnaba en sí sobremanera; así que tratarme con un individuo semejante era, como quien dice, algo contra natura. Tanto más cuanto que aquella relación podía prestarse a confusiones. Dado que la maledicencia es entre nosotros un deporte nacional, andar por ahí con Ben Brahim franqueaba el camino a todas las conjeturas. Pero, por otra parte, aquel hombre —y mido muy bien lo que estoy diciendo— era innegablemente el mayor poeta que haya tenido nuestro país.

¿Cómo referir el nacimiento de esta amistad sin mencionar a mi padre, Mohamed, de oficio barbero? Pero no solo barbero. Era también músico, narrador y de un trato agradabilísimo. Que es como decir que los hombres de su temple y su talento no menudeaban. Mi padre ingresó, pues, de la forma más natural en la corte del bajá El Glaoui, un prócer que, en la época del protectorado francés, reinaba en toda la zona sur del país. Algo así como un reyezuelo en el que se habían apoyado los ocupantes para *pacificar* y *civilizar* buena parte de ese bienaventurado imperio que era el nuestro. Volviendo a nuestro poeta Ben Brahim, alcohólico y homosexual sin recursos, ingresar en esa corte era cuestión ante todo de supervivencia, material, de entrada, pero también redentora: precisaba, por sus incontables